

**Palabras de agradecimiento de Leonardo Polo con motivo de
la imposición de la Cruz de Carlos III
(Gobierno de Navarra)**

Empezaré dando las gracias por la distinción que me han otorgado. En gran parte, mi gratitud se debe a la elogiosa estimación de mi persona que la acompaña. Dicha valoración hace innecesaria la mía propia, que, desde luego, sería menos benévola. Seguramente puedo decir algo parecido a lo que expresé al recibir el título de doctor *honoris causa* en una universidad en pleno desierto del norte del Perú, al resumir mi aportación. Entonces señalé que había contribuido con algunos granos de arena. El público que me escuchaba esperaba que prosiguiera en este tono, pero mi natural emoción cortó casi en seco mi irónico discurso. Aunque en Navarra no se puede hablar de desiertos fuera de las Bardenas, mi contribución a su progreso científico no es quizá mucho más relevante, pero ha sido prestada con la misma intensidad.

Conviene recordar lo que debo a mis colegas de la Facultad, entre otros, a Alejandro Llano, Rafael Alvira, Ángel Luis González, Juan Cruz, M^a Antonia Labrada, Fernando Múgica, Juan Fernando Sellés, y José Ignacio Murillo, que con sus acertadas observaciones me han ayudado a redactar mis escritos. Asimismo agradezco la inestimable labor de María José Franquet, Genara Castillo y Jorge Mario Posada, de grabar y transcribir mis cursos. Junto con ellos agradezco también la labor de corrección y edición que han tomado sobre sí algunos de ellos, como Juan A. García.

Mi estancia en Pamplona ha sido muy prolongada, pues comenzó concretamente el 29 de septiembre de 1954. Vine aquí por sugerencia de San Josemaría Escrivá, primer Gran Canciller de la Universidad de Navarra. La aceptación de esta invitación se convirtió enseguida en el decidido propósito de contribuir a sacarla adelante, poniendo en ella mis mejores energías.

Durante aquellas décadas, ya lejanas, Pamplona era una ciudad que no llegaba a los cien mil habitantes, y, como siempre, acogedora y con una tranquilidad que la hace muy propicia para el estudio. Aunque tiene un clima muy peculiar, en ella no tienen

lugar fenómenos propios del continente americano, como los grandes seísmos y el famoso fenómeno del Niño. Además, su altura sobre el nivel del mar es mucho menor que la de ciudades como México o Bogotá. De manera que la intención de residir en ella ha sido adecuada para mi dedicación académica. A hacerla todavía más amable ha contribuido la acogida de tantas personas honestas, laboriosas y de gran corazón como he encontrado en ella. Es motivo de satisfacción haber podido contribuir en alguna medida a la elevación cultural de esta ciudad, que es actualmente una acreditada urbe universitaria, muy alejada de las trasnochadas ironías sobre *el pensamiento navarro*. Agradezco, pues, de veras la acogida que esta tierra de Navarra me ha brindado durante todo este tiempo por medio de tan honestas personas, laboriosas y de gran corazón.

Empecé las clases al inicio de mes de octubre de 1954, explicando la asignatura de *derecho natural*, para la que aproveché los estudios de mi primera carrera, que es la de derecho. Sólo años después comencé a explicar en la recién iniciada facultad de filosofía y letras. Desde ese entonces me he ocupado de la docencia en varias materias: fundamentos de filosofía, historia de la filosofía en sus diversas edades, ética, psicología, lógica, filosofía política, teoría del conocimiento, antropología, etc., y más de 30 cursos de doctorado.

Durante los cursos 1966-68 desempeñé la cátedra de fundamentos de filosofía en la universidad de Granada, y a partir de 1988 di también clases durante los meses de verano en universidades americanas: Los Andes (Chile), Piura (Perú), La Sabana (Colombia) y Panamericana (México). También he impartido cursos en otras universidades españolas, como la de Granada, o italianas, como la pontificia universita della santa croce de Roma.

El interés prevalente de mi trabajo se ha ido desplazando desde la *Metafísica* y la *Teoría del Conocimiento* a la *Antropología*. Asimismo he aportado algunos granitos de arena a temas propios de asignaturas del instituto de estudios superiores de la empresa, IESE, de la universidad de Navarra con sede en Barcelojna, donde he dado clases en la década de los noventa.

Mis publicaciones ascienden, de momento, a 37 libros y más de 70 artículos, la mayor parte publicados en Navarra, aunque son muchos los inéditos que guarda celosamente el profesor Angel Luis González y, por tanto, el trabajo de transcripción,

corrección y publicación, que llevará en la posteridad a las personas que trabajen en ese menester en el departamento de filosofía de la universidad de Navarra.

El método director de mi investigación ha sido siempre lo que llamo "detectación y abandono del límite mental", aportación que ha sido recordada en la orden foral de concesión de la Cruz de Carlos III, y cuya exposición omito aquí por falta de tiempo. Tan sólo diré que se trata de un método que permite liberarse de algunas de las trabas que han entorpecido el conocimiento cabal del universo físico y, especialmente, de la persona humana, y, a través de ellos, despeja también el acceso a la trascendencia divina.

Con el constante ejercicio de las distintas dimensiones de este método he intentado desarrollar los descubrimientos centrales de la filosofía clásica griega y medieval, así como proseguir, por buen camino, los ideales y aportaciones de la filosofía moderna y contemporánea evitando los atolladeros a los que algunos pensadores de éstas últimas épocas han abocado. Con ello, he intentado avanzar con optimismo proseguir la andadura filosófica hasta donde he sido capaz, en una época marcada por una manifiesta crisis de pensamiento.

Con mi trabajo, no pretendo decir la última palabra sobre los grandes temas, sino abrir camino para que los que vengan detrás encuentren una senda hacedera y fructífera en la consecución de las verdades más altas, convencido –como siempre– de que la verdad siempre encomienda nuestras indagaciones, a la par que las respalda al aceptarlas y, aceptándolas, las eleva. Con todo ahora sí debo decir una última palabra.

¡Gracias!

Pamplona, 23 de abril de 2008

Leonardo Polo